

## Brillante versión de «El amor es un potro desbocado» en el Teatro Alcázar

En la función del estreno se tributó un homenaje al autor, Luis Escobar

«El amor es un potro desbocado», de Luis Escobar. Director: Juan Carlos Pérez de la Fuente. Escenografía: Alfonso Barajas. Iluminación: José Solbes. Figurines: Pepe Rubio. Intérpretes: Blanca Sendino, Cecilia

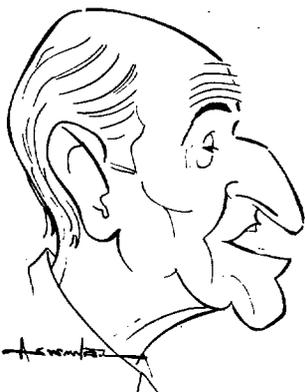
Solaguren, Silvia Marsó, Víctor Valverde, Adolfo Obregón, Rosario Calleja, Andoni Ferreño, Mari Carmen Duque, Mari Carmen Hurtado, Ana María Barbani y Ángel Sacristán. Producción: Juanjo Seoane. Estreno en el Teatro Alcázar.

Treinta y cinco años después de su estreno en el Teatro María Guerrero, la gran tragicomedia de Luis Escobar, «El amor es un potro desbocado» se repone en el escenario del Alcázar. La entusiasta acogida del público, y ésta es una referencia inusual en los criterios del crítico, da carácter de extraordinario y justo homenaje a los muchos talentos del autor, uno de los más completos hombres de teatro de esta centuria que camina hacia su final.

Ya llevaba muchos años Escobar siendo impulsor de la gran corriente innovadora de los movimientos teatrales que en los años treinta, cuarenta y cincuenta llevan nuestros escenarios a un alto nivel, casi inimaginable en estos últimos años, más que de crisis, de profunda decadencia y confusión de la creación teatral en nuestros escenarios. El atrevido montaje del «Tenorio» con una rompedora escenografía de Dalí en el María Guerrero (1949) y la osada comedia titulada «El vampiro de la calle de Claudio Coello», en colaboración con Juan Ignacio Luca de Tena, son dos signos indicativos del gesto creador del Luis Escobar como autor, director y actor, incluso cinematográfico, permanente durante toda su vida.

«El amor es un potro desbocado» es un atrevido modo de mirar y de recrear un fragmento de la historia del Reino de Castilla y León en el siglo XI convertida en leyenda, que sería una construcción romántica si el humor no desmitificara la vida y los amores de Rodrigo Díaz de Vivar, el Cid Campeador y de Jimena Díaz, doncella de sangre real hija del conde Lozano. La actual versión de Pérez de la Fuente acentúa esa desmitificación en la que Escobar hace de los dos enamorados personajes muy actualizados aunque atentos a los rigurosos criterios de honor de su época a lo que graciosamente se rebelan.

El diálogo, lleno de ironías, de atrevimientos con los que el autor convierte en humor el sentido romántico de una historia medieval, marca el ritmo de unos acontecimientos básicamente históricos complicados con las insinuaciones de un amor paternal, teñido de culpable amor humano con que el conde Lozano oprime a Jimena su hija y desencadena los sucesos trágicos de su muerte



**Durante la noche del estreno, Luis Escobar recibió el homenaje de toda la profesión teatral, y fue la actriz Concha Velasco la encargada de glosarle en un discurso en el que no faltó también un toque de denuncia hacia la actual crisis que atraviesa el teatro**

por Rodrigo, vengador de su padre.

Escobar ha seguido con fidelidad superada por el humor las muchas leyendas que más allá de «Las Mocedades del Cid» y más acá de Lope de Vega, de Corneille pueblan estos personajes más míticos que históricos y cierra la aventura con la romántica fuga de Rodrigo y Jimena, que históricamente fueron autorizados

a casarse por el Rey tras las grandes hazañas del Cid que le llevarían a la conquista de Valencia en la que le sobrevivirá su esposa, Jimena Díaz.

Todo el trabajo interpretativo está llevado a un alegre ritmo en el que lo romántico es siempre eficazmente vulnerado por la ironía y el humor. Silvia Marsó, una exquisita Jimena, y Andoni Ferreño, gallardo y medido

### Luis Escobar

Luis fue una persona singular. Tal vez uno de los pocos individuos insólitos que he conocido en mi vida. Porque, claro, con el tiempo se van tratando gentes de todo tipo: cultos, ignorantes, torpes, hábiles, pacíficos, violentos, dulces, agrios, serios, risueños, listos, tontos..., muchos, muchos tontos..., es increíble la cantidad de tontos que andan sueltos por ahí. Bueno, pues Luis Escobar era inteligente, sabio, irónico, sensible, ingenioso, viajado y, como ya he dicho, singular.

Era amigo de Cocteau mucho antes de que a los cines de la Gran Vía llegasen las películas de Jean Marais, le recitaba la escena del sofá a Salvador Dalí cuando éste aún no le había confesado a Gala (no confundir con don Antonio, el dramaturgo) que iba a pintar los decorados del Tenorio, y se escribía con Thomas S. Eliot sobre lo divino y lo humano, aunque atendien-

do, especialmente, a esto último.

Hablaba el inglés con facilidad y el español con frenillo. Lo primero le daba un toque cosmopolita y lo segundo una gracia sainesca. Y es que el Marqués de las Marismas —ese era, me parece, uno de sus títulos— fue siempre un aristócrata burlón más cerca de las bambalinas que de los blasones. Luis sabía que entre el teatro y la heráldica no hay color: sólo se puede tomar el té con las duquesas que hayan leído a Lope.

Trabajé con él durante algunos años en el María Guerrero. Me lo presentó en Barcelona Josep María Sagarra —admirable progenitor de ese chico, Joan, que escribe críticas como quien abre botellas de whisky— y Luis me trajo a Madrid para interpretar con Roderó «En la ardiente oscuridad», la segunda obra que iba a estrenarse de Antonio Buero Vallejo. Desde entonces

● Luis Escobar ha sido uno de los más completos hombres de teatro de esta centuria que camina hacia su final

Rodrigo, centran un mundo en el que brillan Blanca Sendino en un ama, antigua y moderna con mucha gracia, la Fulvia comicísima de Ana María Barbani, la Godina burlesca de Cecilia Solaguren, el excelente Lozano de Valverde, eficaz contraste la Doña Urraca muy sólida de Rosario Calleja y todo un conjunto brillante sólidamente compensado en cada escena, de una interpretación que levanta a su techo la alta calidad literaria y dramática del texto de Luis Escobar.

Teatro lleno de vida, ejercicio lleno de gracia de unos sucesos históricos graciosamente modernizados. «El amor es un potro desbocado», no se desboca. Marcha ágilmente a un acontecimiento teatral redondo, perfecta estampa del valioso teatro de Luis Escobar, vivo y seductor ahora mismo, como antes.

Lorenzo LÓPEZ SANCHO



Adolfo Marsillach

no cesó de influirme. Todavía hoy. La mitad de las cosas que he hecho en mi oficio —me refiero a las buenas— están teñidas de sus lecciones; las otras —las malas— corren de mi cuenta en agria complicidad con el aire de los tiempos.

Ahora se repone «El amor es un potro desbocado». Me alegro. Quizás de este modo se recuerde que fue un espléndido director teatral, un finísimo escritor, un envidiable invento de Berlanga y un personaje con el suficiente ingenio como para hacer de toda su existencia una singularidad.

Adolfo MARSILLACH